

IX

Algunas notas de campo para pensar la reflexividad metodológica en ciencias sociales. Sobre caboverdeanos, académicos y límites morales

Nicolás Herrera

Propuesta

Retomando la concepción de P. Bourdieu sobre reflexividad metodológica, el presente texto describe una situación de mi propio trabajo de campo como excusa para reflexionar sobre aquellos problemas que la ausencia de un socio-análisis constante puede producir en (y sobre) nuestra investigación.

En primer lugar presentaré, conjunta y sintéticamente, un panorama acerca de la investigación que llevo a cabo en el marco de mi formación doctoral y la postura metodológica de Bourdieu en torno a la reflexividad metodológica. A continuación transcribo aquellas notas de campo que permiten presentar “una anécdota” que (entiendo, es la hipótesis del trabajo) solo *adquiere sentido* si se es reflexivo con el propio trabajo de campo. Por último presento una serie de conclusiones que cruzan los elementos antes mencionados.

Breve presentación de mi investigación y una aproximación a la reflexividad metodológica según Pierre Bourdieu

Como parte de mi formación doctoral (CONICET) desarrollo un trabajo de investigación sobre la producción –conflictiva y siempre tensionada– de fronteras sociales en el contexto de La Fiesta Provincial del Inmigrante. En esta *fiesta* –desarrollada anualmente desde 1979 en la ciudad de Berisso– las colectividades étnico-nacionales nucleadas en la Asociación de Entidades Extranjeras (AEE) *conmemoran* el arribo de inmigrantes a las costas locales

reproduciendo un mito de origen sobre el rol de aquellos en la fundación de la ciudad y la nación.

Fundamentado en el hecho de haber sido una de las ciudades del litoral argentino donde más extranjeros se asentaron durante el período de la inmigración masiva (1880-1920) –proceso que la llevo a tener un 59% de población no nativa en el censo de 1914 y un desarrollo exponencial del asociacionismo étnico que fundó más de 30 instituciones de este tipo antes de terminar el siglo XX–, un decreto militar del año 1978 nombró a Berisso Capital Provincial del Inmigrante.

Nucleadas desde 1979 en la AEE, un grupo de 14 colectividades étnico-nacionales darían inicio ese mismo año a la primera edición de la fiesta. Con el paso de los años otras 6 colectividades étnico-nacionales han logrado adquirir el status de *miembros plenos* de la AEE y poder participar de la fiesta: así, las colectividades búlgara, lituana, griega, ucraniana, italiana, yugoslava, portuguesa, eslovaca, irlandesa, polaca, alemana, eslovena, croata, belarusa, española, armenia, árabe, albanesa, israelita y caboverdeana conforman hoy la AEE.

Como queda claro, salvo las asociaciones árabe, albanesa, armenia, israelí y caboverdeana, el resto de las participantes *poseen origen europeo*. Y mientras las tres primeras han sido parte del grupo fundador de la AEE y de esta fiesta (siendo el presidente de la asociación armenia, el presidente de la AEE y directivo máximo de la fiesta *de manera ininterrumpida durante sus primeros 23 años*), la asociación caboverdeana y la israelita adquirieron su status de miembros plenos con participación en la fiesta durante el año 2001 y 2011 respectivamente. Queda por decir, muy sintéticamente, que ante las reiteradas negativas de la AEE para permitirles el ingreso, las colectividades asiáticas existentes en Berisso han desistido en su intento de formar parte de la misma y organizan su propia festividad. Por otra parte, las colectividades latinoamericanas⁶ han logrado nuclearse y solicitar su ingreso a la AEE, quien en 2014 acepto que éstas formaran parte de la AEE durante dos años como *miembros transitorios, sin participación en la fiesta*, mientras se evalúa su ingreso como miembros plenos de la AEE.⁷

⁶ Boliviana, peruana, chilena, paraguaya y uruguaya.

⁷ Por estatuto de la AEE, las colectividades a las que se le permite el ingreso como miembros

Sin poder extenderme aquí en una descripción detallada del material de campo recabado durante las últimas 6 ediciones de la fiesta, podría resumir parte de lo que allí sucede afirmando que durante ésta festividad los miembros de las instituciones participantes *conmemoran* la llegada de inmigrantes a las costas locales y su rol en el origen de la ciudad. Dicha *conmemoración –en tanto lectura del pasado orientada por un presente contextualmente situado–* repone de modo *dramatizado* aquel mito de origen sobre la nación que tiene en su centro al *inmigrante europeo*: así, la fiesta nos recuerda año a año que los argentinos descendemos de los barcos y conformamos, armónicamente, un crisol de razas europeas (sin negros ni indios).

En este contexto, hace un año comencé un trabajo de campo enfocado en la participación de la asociación caboverdeana en esta festividad berissense. ¿Cómo era que esta había logrado ingresar a la AEE y su festividad? ¿Cuáles eran los motivos que habían llevado a la comisión directiva de esta colectividad a solicitar dicho ingreso? ¿Qué prácticas desarrollaban durante la fiesta y como representaban su “cultura típica”? fueron algunas de las preguntas que me formulé inicialmente. Pero centralmente, lo que más me importaba, era poder dar cuenta de aquellos sentidos que estos actores otorgaban a su participación actual en la fiesta, sabiendo que el relato del crisol de razas allí dramatizado los invisibilizaba totalmente.

Ahora bien, pasando a lo que Bourdieu entiende por reflexividad metodológica podríamos decir –de manera sintética y un tanto esquemática– que la misma es aquella **herramienta de vigilancia epistemológica** que el cientista social lleva a cabo sobre su propia práctica cuando logra objetivarla. Llevar a cabo este auto-análisis constante del propio trabajo (un socioanálisis, o *anamnesis* en sus términos) permite no perder el control sobre lo que se investiga y escribe. En tal sentido Bourdieu entenderá a la reflexividad como aquel ejercicio constante de vigilancia epistemológica que permite **objetivar** no solo **al objeto** de conocimiento, sino también **al sujeto** cognoscente y **la relación** entre ambos (*objetivación participante* en sus términos) dentro

transitorios, deben permanecer en dicha condición durante dos años en los cuales deben asistir a todas las reuniones de la AEE, donde tienen voz pero no voto, presentar balances de su institución, lograr elegir una reina de la colectividad (bajo las condiciones del reglamento de reinas de la AEE), etc. Si cumplen estas condiciones durante dos años, la Comisión Directiva de la AEE decide si pasan a formar parte de los miembros plenos de la misma, pudiendo participar de la fiesta, adquiriendo voz y voto en las asambleas de la AEE, etc.

del contexto o universo de producción de la misma (es decir, objetivar una relación **situada**).

Una anécdota dentro de mi trabajo de campo

Primer acto: Luis, mi informante clave y puerta de ingreso al campo

Buscando responder alguna de aquellas preguntas sobre la participación de la Asociación Cultural y Deportiva Caboverdeana en la Fiesta Provincial del Inmigrante, me acerqué a la misma sin haber generado vínculo alguno con los miembros de esta institución. En pocas palabras, allí nadie me esperaba o sabía que iba a ir.

Fue así que al llegar me encontré con un señor de unos 60 años, quien pintando los marcos de una de las puertas de entrada se presentó como Luis y me invitó a pasar preguntándome quién era y, en pocas palabras, qué quería o a quién buscaba. Recuerdo perfectamente que cuando me presente, luego de decir mi nombre comenté que era licenciado en sociología, docente de la UNLP y becario doctoral del CONICET... y que, en ese marco estaba haciendo un trabajo de investigación sobre la Fiesta del Inmigrante de Berisso donde me interesaba conocer algunos aspectos de la participación caboverdeana.

La cara de Luis fue manifestando interés (o la pérdida del mismo) en progresión inversa a lo que me suele suceder en dichas situaciones: mientras la mayoría de las personas que contacté durante el transcurso de mi trabajo de campo primero manifiestan (tal vez por cortesía) cierto interés en mí y mi trabajo, luego el mismo decae y soy yo quien debe buscar estrategias para mantener el vínculo. A Luis la primera mitad de mi presentación (referida al “quien soy”) pareció no importarle (desviando su mirada de mí entre otros gestos corporales difíciles de describir pero que a mi impresión denotaron desinterés) mientras que la segunda parte de mi presentación (referida a “mi investigación”) cambió su postura completamente: volvió su mirada hacia mí, dejó el pincel junto a la lata de pintura, me ofreció una silla para sentarme pidiéndome que lo espere unos minutos a que terminara de pintar “este pedazo antes de que se me seque la pintura”, e indicó que luego charlaríamos un rato mientras me mostraba la sede del club.

En ese recorrido por la institución Luis me comentó que no era caboverdeano sino que se había casado con una descendiente de caboverdeanos, tenía hijos que participaban activamente de la institución (una de sus hijas fue reina

de la colectividad, había participado junto a él y su otro hijo del conjunto de baile, y a la vez este último lo acompañaba actualmente como miembro de la Comisión Directiva) y me invitaba a seguir yendo “al club” (sobre todo insistió en que vaya algún jueves a las reuniones de la Comisión Directiva y charle ahí con el resto de sus miembros); y me dio dos datos que para mí serían centrales: había sido secretario de actas en la AEE por representación de la colectividad caboverdeana y se mostraba totalmente dispuesto a contarme “lo que ahí pasaba”. Así, Luis aparecía inicialmente como puerta de entrada a la Asociación Caboverdeana y la AEE.

Tal vez porque no le importó decírmelo, o a mí preguntarlo, ese día Luis no menciono a qué se dedicaba: al igual que yo, era egresado de la facultad de humanidades y actualmente docente. Sin dudas otro montón de aspectos de la vida de Luis quedaban por fuera de aquella charla, y seguramente de todas las charlas que mantuvimos desde aquel día hasta hoy. Pero aquel “silencio” o “ausencia de dato” sobre su profesión terminarían siendo (creo, es parte de la hipótesis del texto) un punto central en el vínculo entre ambos. Veamos.

Segundo acto: María, “la doctora”

Semanas después decidí acercarme a las reuniones de la Comisión Directiva, los jueves a la noche, tal y como Luis me había sugerido. A medida que iban llegando los miembros de la misma Luis me los presentaba diciéndoles que yo estaba interesado en conocer diversos aspectos sobre la participación de la colectividad en la Fiesta del Inmigrante y la AEE, sin mencionar algún dato sobre mi formación académica ni mi rol docente. El hecho, otra vez y en aquel contexto, no me sorprendió. Sin embargo, durante esta reunión de la Comisión Directiva sucedió algo que comenzó a llamarme la atención: mientras los minutos pasaban y la reunión no comenzaba porque faltaba uno de sus miembros, el resto de los presentes se referían a la persona ausente como “la doctora” de manera socarrona. Mejor dicho, no se referían en malos términos hacia la persona, sino que al decir “la doctora” el término era pronunciado con cierto desagrado, sorna y una postura corporal que simulaba altanería.

Pasada media hora “la doctora” llegó, se disculpó por la demora y la reunión comenzó. Recuerdo que en su argumento de disculpas por la tardanza, “la doctora” hizo referencia a un inconveniente que había tenido “en el laboratorio”. Terminada la reunión aproveche el hecho de que no me había

presentado ante ella (debido a su demora), me acerqué para hacerlo y fue así que conocí a María, “la doctora”, quien yo había supuesto era médica (por aquello de “la doctora” y “el laboratorio”). Cuando me presenté y le conté qué era lo que motivaba mi presencia ahí, ella me preguntó si era periodista y por qué quería hacer ese trabajo. Puse en escena aquella misma primera parte de mi presentación a la cual Luis había desdeñado: soy sociólogo, docente de la fahce-unlp y becario doctoral... espacio este último para el cual estoy haciendo aquella investigación sobre bla bla bla. Su primera postura de distancia y desinterés mutó cuando hice esta presentación de mi persona, y al instante comenzó a contarme que ella era bioquímica y le había costado muchísimo hacer su doctorado: en pocas palabras, me dijo que cuente con ella para lo que necesite ya que “conocía muy bien” lo que era hacer una investigación doctoral. María no era médica, sino una bioquímica con PhD.

Tercer acto: final, un almuerzo accidentado

Con el correr de los encuentros y a medida que iba generando cierto vínculo con los miembros de la Comisión Directiva, un día Luis me comentó que el próximo sábado ellos iban a estar limpiando “el club” porque lo habían alquilado para un evento. Me invitaba a ir, ya que ahí iban a estar más tranquilos, trabajando, pero con posibilidades de prestarme más atención que lo que pasaba durante las reuniones de la Comisión Directiva –al menos así lo entendía él–.

Cuando ese sábado llegué “al club” me encontré con varios de ellos ocupados en distintas tareas, y decidí ayudarlo a Luis con las que él estaba realizando. Fue ahí que, molesto, me señalara: “viste, estamos todos laburando, menos ‘la doctora’”. María no estaba entre los presentes. Decidí simular que no sabía por qué le decían “la doctora” y directamente le pregunté si era por su profesión como médica, a lo cual Luis, riéndose, respondió que no: que ella era bioquímica y le decían así “porque estaba todo el tiempo tirándote el título de Doctora en la cara. Igual vos lo viste, no es que la llamamos así por atrás, se lo decimos en la cara. Y para colmo... ¡a ella le encanta que la tratemos de doctora!”

Claramente empecé a notar que algo pasaba respecto al lugar que, dentro de ese grupo de personas, tenía el hecho de ser (o no ser) académico, profesional, doctor. Y a continuación Luis terminó de darme los elementos necesarios

para entender lo que pasaba: su relato refirió a que entre los caboverdeanos eran muy pocos quienes tenían estudios. Mucho menos eran los que habían terminado el secundario, aún menos los que habían accedido a la universidad y casi nulos los que la habían terminado. En esa progresión, tener un PhD era claramente un diferencial abrumador. Pero ese no era todo el asunto, sino que (como sociólogo debería haber notado rápidamente) el malestar de Luis y el resto de los miembros de la Comisión hacia “la doctora” estaba referido a que “ante cualquier cosa que discutimos o pasa, ella te tira su doctorado en la cara”. Es decir, el uso contextual de un diferencial profesional era lo que María ponía a operar contextualmente en diversas situaciones, y una sanción moral en torno a su “falta de humildad” era lo que el resto accionaba frente a ella.

En ese contexto Luis termina la anécdota contándome que él también era “profesional y de hecho docente” pero que jamás se le ocurriría, “como a ‘la doctora’, hacer gala de eso o tirárselo en la cara a alguien *para lo que sea*”. Y ese “lo que sea” también es significativo, porque el relato de Luis hacía referencia a legitimar un argumento, tratar de imponer una opinión o directamente marcar distancia entre ellos a partir del título.

Pasaron las horas, cada uno fue avanzando en las tareas que había asumido y cerca de las 14hs interrumpieron su trabajo para preparar un almuerzo al que fui invitado: la cocinera había preparado una comida “típica caboverdeana” y claramente era un error metodológico, y gastronómico, declinar la invitación. Sin embargo no tuve en cuenta que durante ese almuerzo comería, por falta de reflexividad, un grave error: a medida que el almuerzo avanzaba, tal vez porque todos los presentes ya sabían quién era yo y (más o menos) qué hacía ahí, la charla principal estuvo referida a temáticas migratorias, el lugar de los descendientes de africanos en la sociedad argentina, el racismo (en sus palabras) que existía sobre todo lo que pudiese entrar bajo la etiqueta de negro (afros, pobres o peronistas), etc. En ese contexto sentí que lo que ellos esperaban era que yo de una opinión al respecto: decían una frase y me miraban esperando ver si asentía o no, si prefería decir algo o continuaba comiendo ese arroz con pollo que jamás había asociado con lo “típicamente caboverdeano”. En pocas palabras, no era únicamente yo quien estaba “evaluando” la situación y a mis interlocutores (intentando registrar en mi memoria temas, posturas, argumentos, etc.), sino que ellos me estaban evaluando de una u otra manera. Y decidí dejar de comer, asumir que la observación es

siempre participante, y hablar desde donde entendía que ellos me estaban pidiendo que hable: desde un supuesto saber legitimado sobre el tema, el del investigador profesional, docente con pretensión de PhD...

Así, intenté que mis argumentos no sean solo mis argumentos, sino que en esa charla de almuerzo, erróneamente empecé a tirar datos sobre migraciones, informes sobre racismo en Argentina y nombres de autores varios. Evidentemente no era necesario ni prudente: mientras el resto de los presentes hizo un “respetuoso” silencio, Luis (que estaba sentado frente a mi) interrumpió el movimiento de una cuchara que le llevaba arroz y pollo hasta su boca, me miro fijo, y mientras se levantaba de la mesa disculpándose, se fue.

Conclusiones

Si la reflexividad metodológica –al menos en Bourdieu– exige una vigilancia epistemológica constante que no solo logre objetivar al objeto de conocimiento, sino al sujeto cognoscente y la relación situada entre ambos, es claro que algo falló en mi socioanálisis. El error de base, creo, estuvo en que pese a notar que en dicho campo existía un límite moral respecto a la “actitud poco humilde” de aquellos (pocos) que para legitimar su discurso, y legitimarse a sí mismos, utilizan sus títulos académicos y el supuesto saber al que ellos refieren, no tuve en cuenta que yo mismo estaba bajo evaluación... y en tal proceso dejé de objetivarme *a mí mismo* y la *relación* establecida *con ellos*.

Así, al objetivar mi objeto de conocimiento (atento a sus argumentos, temas, posturas, prácticas, etc.) deje de objetivarme y objetivar una relación situada que –y acá el punto central– en dicho contexto había construido un código moral respecto al uso y legitimación de las posiciones a partir de los títulos o el saber académico. Por decirlo en pocas palabras, “vi este tema” en Luis, María y la relación entre ellos; *pero no la vi en mí y la relación entre nosotros* descuidando que, justamente “no se debe olvidar objetivar la propia posición en el universo de la producción cultural” (Bourdieu y Wacquant. 2005)

Luego de que Luis se levantara de aquel almuerzo, interrumpiéndolo mientras me miraba fijo y se iba, entendí por qué su mirada se había apartado de mí, momentáneamente, el día que nos conocimos: le molestó o le importó poco, quién era yo respecto a mi profesión y mis títulos. Mientras que, en cambio, le importaba mucho más aquello que yo quería investigar. Con María la situación fue inversa, a ella poco le importó inicialmente qué era lo que yo

quería investigar y mucho más poder dialogar con un aspirante a PhD. Tal vez porque eso le permitía volver a hablar sobre sí misma.

Para finalizar volviendo a Bourdieu, dos elementos se vuelven centrales en su postura respecto a una sociología reflexiva. En primer lugar, notar que este ejercicio de vigilancia epistemológica es completamente anti-narcisista ya que “ofrece instrumentos de conocimiento que puedan volverse contra el sujeto de conocimiento, no para desacreditar el conocimiento científico, sino para controlarlo y reforzarlo” (2005). En segundo lugar, y para que lo anterior pueda ser así, el ejercicio de una sociología reflexiva debe romper con el trabajo individual e íntimo de una conciencia encerrada en sí misma, y ser socializada entre pares. En tal sentido es que expongo aquí “mi anécdota”, y con ella me expongo.

Bibliografía

- Bourdieu P. & Wacquant, L. (2005). La sociología como socioanálisis. En *Una invitación a la sociología reflexiva*. Seminario de Chicago. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu P. (2003). *El oficio del científico*. Barcelona: Anagrama.